

Juárez, Cifra y Ser de México

por Juan MARINELLO

Palabras de Juan Marinello, a nombre de la Sociedad Bolivariana, junto a la estatua de Benito Juárez, con motivo del Homenaje a México el día de su Fiesta nacional. 16 de septiembre de 1942.

UN aniversario de la Independencia de México es, para quien ame profundamente al gran país americano, una emoción más que un recuento. México es espectáculo y entraña; espectáculo asombroso por la variedad y la grandeza; entraña inquieta e inquietadora por las esencias pugnaces que la animan y desgarran. Y tan pronto toma el mando la sensibilidad de los sentidos o el latido cordial, el enjuiciamiento que debe ser una fecha nacional padece en su obligada objetividad. La crítica se vuelve adhesión y el juicio temblor de identidad.

Pero yo veo el camino de solución del conflicto; lo toco en el bronce obstinado de la frente de Juárez que es la mejor síntesis, yo diría la síntesis única, de la pasión revuelta y superadora que es México en lo primordial. Acierto singular el de los organizadores de este acto el de venir a rendir homenaje a México en el Grito de Dolores al pie de esta estatua. En verdad que no tiene pueblo alguno una cifra más plena de su ser que México en este hombre que vive por encima del tiempo y de los tiempos, porque arrancó de lo más hondo y llegó a lo más alto.

José Martí, gran entendedor de México porque fué grande amador de lo mexicano, dijo cosa de muchísima cuantía al afirmar: **todo indio puede ser Benito Juárez**. Martí reverenciaba en Juárez, como nosotros, la más alta calidad humana; veía en el mandatario impasible a toda su América dolorosa saliendo de sus limitaciones y retrasos por el ímpetu y el derramamiento de su propia sangre. Juárez era para nuestro Libertador el ejemplo vivo, por ello trascendente, de la transformación positiva de los pueblos americanos, ya que México fué siempre para Martí la señal y el futuro de estos pueblos. Todo indio puede ser Benito Juárez quiere decir: todo hombre del pueblo puede crecer; pero quiere decir algo más: en todo hombre del pueblo duerme la posibilidad de lo más alto; porque en verdad, nadie más alto que Benito Juárez.

No puede darse afirmación de mayor profundidad democrática. En ella están superadas todas las falsas distancias: la de la raza, porque es el indio, el hombre despreciado por su piel, el que puede encabezar un pueblo y tener a raya, en asombrada admiración, a las grandes naciones conquistadoras; la de la economía, porque es el desvalido de dineros el que asciende al mando real de los poderosos; la de la casta, porque el indio —hombre pueblo— domina por sus aptitudes a los que propagaron su inferioridad.

Sólo Benito Juárez tiene fuerzas bastantes —prueba de su enorme estatura— para centrar lo mexicano en su difícil concreción. Y la razón está en que en él pelean y triunfan todos los elementos del gran pueblo. Esos ojos, que sólo están bien en el bronce moreno venciendo lluvias y ventiscas, sólo pueden existir, ver, hechos por la distancia incalculable, por la montaña, madre serena y firme, por los vientos inalterables que esculpen la paciencia, por la espera de los caminos que duran una vida, por el imperio de las piedras que duran para siempre. Es cierto aquí, una vez más, que sólo el que es de fuego puede entender el fuego. Yo he imaginado a Juárez como el hombre impar hecho de firmezas, entendimientos y ternuras, que tuvo fuerzas para sentir en lo ínti-

mo las ligaduras de las viejas preocupaciones, el escozor del recelo obligado, el encontronazo de los impulsos primarios cada instante provocados; pero que señoreó de tal modo su mundo de contradicciones seculares, que todo lo puso a quemar en su ancho afán de mexicanismo universal. Enternece, al que es capaz de entender estas cosas, leerle a este hombre inmedible una carta serena y penetradora, circunstanciada y cortés. Por debajo de la expresión política, eficaz, se sienten las tormentas enfrenadas, las violencias al paso, las impaciencias usadas para esperar mejor.

Como México es Juárez —y no podía darse hombre tal sino en pueblo capaz de rezumar esta medida de hombre—, hacemos bien en saludar en su gran día la realización futura de su ímpetu. Como quería Martí, como quería Juárez, la América toda debe sobreponerse a la preocupación de la raza, de la casta y del poder económico. América debe, con fuerza de Juárez, con fuerza de México, franquear los caminos para que el hombre de todo color y de todo nacimiento llegue adonde lo conduzcan sus calidades. El Continente debe infundir en cada hombre y en cada mujer, como gran riqueza común, esa virtud juarina de entender y sufrir el pasado y el presente como el modo único de entender el porvenir.

De esta guerra terrible en que bregamos y en que México y Cuba, como tantas veces, se encuentran en el campo de la justicia, ha de salir el caso de Juárez como señal colectiva, o nada se ha logrado para América. Juárez es lo más contradictorio a una barbarie tecnificada que marca a los hombres por el color, los acorralla por la dignidad y les mata en flor la llama del limpio servicio a sus semejantes. Por ello Juárez sigue siendo una bandera vigente. Porque su sentido esencial sigue sin cumplimiento en América y porque América posee, soterrada, pero presente, la virtud de su liberación por el camino de su necesidad, como en Juárez.

Esta fecha ilustre une de veras, por encima de gestos rituales y cortesías gentiles, a nuestros dos pueblos, tan distintos y tan iguales, tan fundidos en el contraste acercador. El Grito de Dolores es como una fecha común en que se dan la mano Juárez y Martí. De nuestras realidades, apasionadas de distinta pasión, pero exaltadas en los mismos anhelos primordiales, viene este grito que vive porque aún tiene que hacer milagros, que nos conmueve, porque todavía pide, como los muertos que no duermen del todo, la realización de su mandato.

Este día abre para México y para Cuba un año de responsabilidades insuperables. Al señalar con nuestra identificación cordial y ética el próximo Día de México, estaremos festejando o el triunfo del crimen, o el inicio de una era en que Juárez y Martí —no importan las formas concretas de la vida social—, hayan impuesto su raigal credo igualitario; en que todo indio y todo negro, y todo blanco y todo mestizo encuentre el camino ancho a su ambición de servir. Yo sé que cumpliremos nuestra cuota de deber a través de la defensa de lo nuestro. El próximo Grito de Dolores, esta frente, terca de amorosas comprensiones sobrias, tendrá, como la de Martí, una luz nueva. ¡Que en esa luz esté nuestro esfuerzo firme y unido, amigos mexicanos, compañeros cubanos! ¡Salud!